

Rocca di Papa, 20 de octubre de 1977

El Papa visto por el Papa

Nadie mejor que el Papa puede decir quién es el Papa.

Pablo VI, durante una audiencia general en 1964, se preguntaba: «¿Quién es el Papa? ... [El Señor] ha querido Él mismo definir la persona que Él eligió como primero de sus discípulos... ya no se llamaría más Simón... su nombre nativo, sino Pedro, su nombre de tarea; donde es evidente que Jesús daba a su elegido una virtud particular, y una tarea particular, simbolizadas la una y la otra en la imagen de la piedra, del pedrusco, de la roca; es decir la virtud de la firmeza, de la estabilidad, de la solidez, de la inmovilidad, de la indefectibilidad, tanto en el tiempo, como en las travesías de la vida; y la tarea de desempeñarse como fundamento, pilar, apoyo, como el mismo Jesús dijo, durante la última cena, al mismo Pedro: “Confirma a tus hermanos”¹... El pensamiento del Señor es clarísimo; y es lo que determina la singularidad y la maravilla del Papado... ¡Un milagro de equilibrio, de resistencia, de vitalidad, que encuentra su explicación en la presencia de Cristo en la persona de Pedro!»².

Hablando del Papa a 20.000 fieles, en Bombay, siempre en 1964, Pablo VI explicaba: «Si preguntan: ¿Quién es este peregrino? ... Nosotros respondemos: el siervo y mensajero de Jesucristo, puesto por la divina Providencia como Cabeza de su Iglesia, como sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles. Ser mensajero de Jesús y Cabeza de la Iglesia son, en realidad una sola función, puesto que la razón de ser de la Iglesia es proclamar y difundir la enseñanza de Jesús y continuar su ministerio en la Tierra. Ésta es nuestra identidad y nuestra misión»³.

Esa pregunta de Jesús a Pedro: «¿Me amas más que estos?»⁴ constituye el tormento, el estudio continuo de Pablo VI. Lo dirá repetidas veces durante las audiencias públicas y en otras ocasiones.

En una audiencia general de 1965: «... El secreto que forma nuestro personal consuelo y nuestro personal tormento, está contenido y expresado en una sencilla pero formidable sílaba, que suena “*más, plus, pléon*”⁵, y que Jesús unió, en manera tan inesperada, como luminosa, al verbo “amar”... Al primado de la autoridad... Jesús quiere que corresponda un primado de caridad: potestad totalmente gratuita, aquélla, virtud ésta, donde un gran don, una grande gracia, una gran capacidad de amar debe confundirse con el mayor esfuerzo, el mayor impulso del corazón humano llamado a tal vértice de amor»⁶.

Y todavía: «Es preciso ponerse en el lugar de un Papa para comprender cómo esta frase tan breve: “¿me amas más?” es un cuchillo que penetra hasta las coyunturas de los huesos, de los nervios, hasta dentro de la médula;... ¿cómo saber si se ama *más*? ... Lo que conforta en esta angustia es que se puede amar universalmente... [es] repetir: para mí nadie es extraño, nadie está excluido, ninguno, aunque esté separado, alejado. Cada ser amado está presente».

¹ Lc 22,32

² Cf *Insegnamenti di Paolo VI*, Poliglotta Vaticana, 1964, II, p. 809

³ Cf *Ibid.*, p. 703.

⁴ Cf Gv 21,15

⁵ Cf Gv 21,15

⁶ Cf *ID.*, cit. 1965, III, p. 1110-1111.

Ahora no podemos tener más dudas: el corazón más grande del mundo, el más abierto, más amplio, más semejante al corazón de Cristo es el corazón del Papa. Es éste el milagro que ha realizado y realizará la palabra de Jesús: « ¿Me amas más que éstos?». Este corazón es digno de apacentar la Iglesia porque, así como una madre contiene en su seno al hijo, el Papa contiene en su corazón a la humanidad.

¿Y qué puesto hay mejor, para nosotros fieles, que estar en ese corazón?

Chiara Lubich

De *Hombres al servicio de todos* (1978)